Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 3 (1992)

Artikel: Religiosidad cotidiana en la narrativa reciente hispanocaribeña
Autor: Sánchez, Yvette
Kapitel: Motivos
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840882

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 23.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

MOTIVOS

Como último y más extenso de los cuatro capítulos etnográficos pasaremos revista sólo a algunas de las pequeñas unidades que a modo de subcategorías forman el tema de nuestro estudio (fe, creencias, rituales cotidianos) [134].

Se trata en nuestro caso de una recopilación de motivos extratextuales, no inventados por el autor, que no llegan a ser tema o asunto central en ninguna de las obras narrativas aquí estudiadas. Estas subcategorías temáticas son, pues, de creación colectiva (pero de realización concreta individualizada). Nos interesará observar más adelante cómo los datos etnográficos crudos se transforman en elementos formales y estructurantes en la obra de ficción y descubrir otros casos de motivos narrativos nuevos engendrados por el autor. El leitmotiv entra en esta categoría porque es un medio puramente literario (por ejemplo, una fórmula lingüística, que se repite, o un rasgo característico de un personaje en el que se insiste, o un requisito que aparece varias veces como hilo conductor a lo largo de una pieza literaria). La repetición en uno o varios textos (incluso de autores de distintas épocas) es un móvil que constituye un motivo. Por lo general, se puede formular de modo conciso, con dos o tres palabras máximo (por ejemplo ‚almas en pena').

134. Han estado a mi disposición dos fuentes de repertorios de motivos sacados de la literatura oral (los „cuentos folklóricos") : Stith Thompson, *Motif-Index of Folk-Literature*, 6 vols. (Copenhague, Rosenkilde & Bagger, 1958) y María Rosa Lida de Malkiel, *Función del cuento popular en el ‚Lazarillo de Tormes'*, en: „Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas" (Oxford, 1964), pp. 349-359. Lida de Malkiel trata de distinguir los motivos tradicionales de creación colectiva de los narrativos o ideados por el autor.

He podido consultar dos fuentes alemanas que recopilan motivos de la literatura mundial (escrita) : Elisabeth Frenzel, *Motive der Weltliteratur* (Stuttgart, Alfred Kröner Verlag, 1976) y Horst S. e Ingrid Daemmerich, *Wiederholte Spiegelungen. Themen und Motive in der Literatur* (Bern/ München, Francke Verlag, 1978).

Como partículas complementarias que se agrupan alrededor de un eje temático, los motivos pueden ser el motor de la acción, revelar indicios de una actitud espiritual, la relación del hombre con el medio ambiente, la naturaleza, por ejemplo (el huracán, el mar, la flora y la fauna en el Caribe), etc.

Para el presente mini-repertorio hemos escogido algunos de los motivos que afectan a nuestra temática esotérica, que nos proporcionan los narradores en sus textos, y los clasificamos así:

CONCRETOS:	*naturales*	*artificiales*
	mar	espejo
	hielo	tijeras
	flora	Kitsch
	fauna	etc.
	astros	
	etc.	
	objetos de valor sobrenatural intrínseco	
	agua bendita	
	talismán	
	reliquias	
	piedra de rayo	
	muñecas alfilereadas	
	etc.	
ABSTRACTOS:	*creencias*	
	almas en pena	
	mal de ojo	
	animismo	
	curanderismo	
	adivinación	
	sortilegios amorosos	
	simulacros de analogía	
	tabúes	

rituales

rituales mortuorios

telenovelas

sacrificios

etc.

cualquier realización de las creencias susodichas

prácticas religiosas

espiritismo

santería

vudú

catolicismo

EL HIELO

Cuando nos imaginamos inmersos en el ambiente tropical caribeño, cuando sentimos el calor, automáticamente nos provoca algo para refrescarnos: el hielo es requisito casi imprescindible[135].

Podemos subrayar la importante función que cubre este motivo en el calor macondino de *Cien años de soledad.*

Otras tantas veces surge en nuestros autores Mora Serrano, Granados y Sánchez. El hielo es un elemento que para el trópico antillano simboliza, creo, el anhelo, el deseo, la añoranza, la „saudade" o la búsqueda de algo lejano, ajeno, extraño e inalcanzable. En Europa central, las agencias de viaje atizan la nostalgia de lo remoto, propagando la imagen soñada de palmeras, playas de arenas blancas, calor tropical y cosas por el estilo. Los caribeños, que tienen todo esto a su alcance, suspiran por el exotismo inverso, el iglú de los esquimales.

El protagonista de Mora Serrano, Marcos, sentado en un restaurante neoyorquino, descubre, admira y codicia desde lejos a una mujer rubia (cf. nota 103), „nórdica" que, según sus asociaciones de exotismo, debe

135. Cf. El nombre marca de cerveza „Polar".

proceder de „países de nieve". La atracción física la expresa Marcos en metáforas que identifican antitéticamente el cuerpo de la rubia con la nieve: „nieves rojas" son su carne; quiere descubrir esta „carga de nieve" con su „volcán de nieve" [136].

El lector no se entera de si Marcos ha hecho algún intento para conseguir su deseo, o si ha aplicado la fórmula mágica que atrae al hielo, al frío que recuerda de su niñez en el ambiente rural dominicano. En una de las páginas más bellas de la breve obra, Marcos evoca el conjuro difundido en su pueblo natal que consiste en repetir dos veces la voz *samán*[137] para contrarrestar el calor sofocante. El muchacho Marcos está delirando y flotando „como un zepelín" en su cama por tener fiebre muy alta de la malaria. Dejémonos llevar por sus visiones por un momento:

> Sabíamos que en la magia de la repetición estaba el secreto. Había oído decir que si en el centro de un desierto, de una sabana sin árboles, uno decía *samán samán*, el sol se ocultaba automáticamente, porque los brujos aseguraban que *samán samán* era sinónimo de frescor y la sola palabra un parasol enorme que aliviaba, porque decir *samán samán* ya es sombra [...] Después venía el hielo poblando las sienes, y, por entre los huesos, sentíamos correr el escalofrío secreto [...] y las parientes susurrantes venían y ponían sus manos frías sobre las sienes [...] y luego, resbalábamos sobre témpanos enormes [...] Aunque el sol estremeciera las gramas y las azucenas [...], yo habitaba el reino del frío, más allá, pero mucho más allá del simple frescor, a mil años de luz del frescor o la frescura, en las densas regiones polares en donde un oso albino corría por una pradera resplandeciente y todo estaba rodeado de un insoportable blancor estático, manchado por una caravana de esquimales, oyendo el nítido ladrido de sus perros mudos humeando al respirar y cuando una de las hijas del esquimal, cumpliendo el rito familiar, me miraba con sus ojos bizcos y somnolientos desde su iglú, al extender las manos, las frías frisas estaban ahí [...] y la fiebre llegaba al éxtasis y era hermoso el delirio, era hermoso [...] y la nostalgia de la esquimal zamba, bendecía la malaria [...] [138].

136. M. Mora Serrano, *op. cit.,* pp. 21-22. Es significativo que en aquel momento del enfrentamiento con la rubia, sea la única vez en el libro en que Marcos se refiera a su piel oscura; es mulato.

137. Es el nombre de un árbol de grandes dimensiones que con su ramaje tupido y extenso (que llega hasta el suelo) presenta a los isleños protección contra el sol fuerte. Su forma se parece a la de un parasol.

138. *ibidem*, pp. 9-10.

Un sacerdote santero en el cuento *La noche de San Bartolomé* de Manuel Granados[139] pronostica al yo-narrador que el destino le quiere mal y que los ruegos a los dioses le servirán de poca cosa.

> Que la situación no se arreglaba ni aunque dedicaran a Ochún todo el hielo de las neverías de La Habana [...].

Ochún es diosa del panteón yoruba, dueña de las aguas dulces, del dinero y patrona de los enamorados (corresponde a la Caridad del Cobre en el santoral católico). La ofrenda más generosa y sensacional que se le ocurre al sacerdote es un montón del producto refrescante exótico, el hielo, para mimar a la diosa y captar su benevolencia.

En San Juan de Puerto Rico arde el mismo sol antillano que en La Habana. La amante del senador (padre de Benny) en *La guaracha del Macho Camacho* está esperando en el apartamento y refugio común. Sudada, se sienta en el sofá diseñado de un lujo poco apropiado para este bochorno, para estos „fogajes africanos que asan la isla", para este sol enemigo.

> [...] un sofá tapizado con paño de lana, útil para la superación de los fríos polares pero de uso irrealísimo en estos trópicos tristes : el sol cumple aquí una vendetta impía, mancha el pellejo, emputece la sangre, borrasca el sentido : aquí es Puerto Rico, colonia sucesiva de dos imperios e isla del Archipiélago de las Antillas[140].

Y para colmo no funciona el distribuidor del frío artificial, el aire acondicionado, por una de las tantas fallas de la corriente[141].

El objeto cumbre del anhelo en esta situación es el „olímpico cisne de nieve" [142].

---

139. M. Granados, *op. cit.,* p. 47.

140. L. R. Sánchez, *op. cit.,* p. 13. Este pasaje ofrece material al etnólogo. Sánchez alude, por ejemplo, a la ‚teoría climática' (el clima influye en el carácter de un pueblo) hoy mal vista por la antropología, y al título de Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques* (París, Librairie Plon, 1955).

141. *ibidem*, p. 20.

142. *ibidem*, p. 14.

EL MAR

En el Caribe abunda el mar tanto como el sol. Muchos isleños odian el océano. Lo perciben cual prisión y no lo asocian, como los habitantes continentales, a la libertad y al infinito.

El pintor dominicano, Iván Tovar, surrealista, me ha contado una vez que hace muchos años, cuando quiso salir de su país, durante la dictadura de Trujillo, para ir a estudiar pintura en París, no se lo permitieron las autoridades. En aquel momento, estando en la playa, experimentó el mar como amenaza, como constreñimiento, y cada ola con su cresta blanca tenía el aspecto de una dentadura gigante que se le iba acercando para morderle. Hasta el día de hoy siente terror por el mar y en su viaje diario al taller que queda a las afueras de la capital, nunca escoge la ruta más breve, la carretera del litoral, sino que va por el interior para evitarse ver el mar.

P. A. Fernández nos presenta una imagen parecida a la de la dentadura del pintor surrealista. Los negros en el batey, así lo cuenta Aleida, conjuran a los dioses y espíritus cantando „para que el mar no se trague la Isla una noche" [143].

El mar es omnipresente en la literatura antillana, casi siempre como amenaza de la que hay que ponerse a salvo. La protagonista metropolitana de Mora Serrano, Adelaida, odia intensamente a su Isla „perdida en el mar, a la deriva". Quisiera huir del „islote amniótico, lleno de amnesia" y del océano.

> Saber que estás condenada a verlo a todas horas, que si caminas hacia poniente o hacia levante te vas a encontrar con él, allí, como decía Valéry, *siempre empezándose*. Es lo más cruel que puede sucedernos, ser habitantes de una isla remota en un mar tan antipoético, tan terriblemente maligno como el Caribe [...] [144].

Adelaida remaría con mucha fuerza si se pudiera realizar el sueño del yo-narrador del cuento *Me gusta el mar*, de Onelio Jorge Cardoso (cf. p. 14 de este estudio).

El motivo del mar como prisión, siempre desde el punto de vista del isleño, aparece asimismo en la novela de Reinaldo Arenas, *Otra vez el mar*, que citamos antes (cf. p. 41).

143. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 90.

144. M. Mora Serrano, *op. cit.*, p. 11.

Finalmente, el escritor puertorriqueño Pedro Juan Soto ha analizado esta amenaza marina en su ensayo *El isleño*[145].

> [...] el mar fue para el isleño un gran muro de agua que lo mantenía separado de cuanto envidiaba. Ese mar todavía se transforma en un monstruo alado [...] que penetra en territorio antillano para arrasar todo.

FLORA Y FAUNA

Plantas y animales desempeñan un papel esencial en los rituales hogareños rurales a los que nos hemos referido más arriba. Las hierbas ayudan a solucionar los más diversos problemas vitales. Al lado de algunas plantas medicinales generalmente fijadas en el Caribe[146], se podrían compilar listas interminables de remedios muy locales, que dependen de la intuición de cada individuo interesado (el ama de casa, el curandero, etc.), y que se han abierto una senda en la literatura también.

Una de las mujeres del batey El Deleite de *Los niños se despiden* de Pablo Armando Fernández, Lila, se ha especializado en el curanderismo botánico.

> [...] aprendió a distinguir el valor profiláctico de las yerbas. Ellas la protegieron de los peligros más sutiles. Lila, con verdadera ternura, se entregó a plantar en los bordes de todos los caminos que frecuentaba todas las yerbas de Ocha, que recogía (con permiso de las agrestes divinidades) para baños, remedios y azotes en la espalda, la nuca y la frente[147].

Lila no sólo explica sus técnicas, sino también el propósito que persigue. Ella será aquí la delegada, respecto al herbolario cubano (o caribeño),

145. En: Asela Rodríguez de Laguna (ed.), *Imágenes e identidades: el puertorriqueño en la literatura* (Río Piedras/ Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1985), p. 31.

146. Un ejemplo: José Seoane, *Remedios y supersticiones en la Provincia de las Villas* (La Habana, Departamento de Investigaciones Folklóricas, Universidad Central de las Villas, 1962).

147. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 43.

de todos los demás personajes que se ocupan del mismo oficio en las otras obras narrativas.

> Montes de dagames que fecundan a las mujeres que a su lado pasan ; de atejes, cuya savia borra las cicatrices ; de caguairanes, que no conocen palo que los iguale en fuerza ; quiebrahachas purísimos de sangre ; júcaros que vencen la cólera del rayo ; almácigos, espantabrujos, médicos de los niños ; jaguas manantiales que calman la sed de los monteros ; güiras cimarronas, güiros criollos, que atraen a los desamorados y cuyos frutos ahuyentan la tristeza ; yaguamas que conservan la vida, estancan la sangre ; yagrumas, guardas del monte, que transmiten los mensajes siniestros de la muerte ; jagüeyes, maridos de las ceibas ; copeyes, dueños del lugar donde nacen, litigadores que nunca pierden un pleito ; cedros de Oggún, Osain y Ochosi, que hacen temblar la tierra cuando suena su música ; framboyanes que arden y crepitan y queman a los salteadores nocturnos y a las brujas nazis ; les prenden fuego por la cola y, fuiquitín, fuiquitán, las convierten en bólido de azufre que se ahoga en el mar[148].

Durante mis lecturas he topado con algunos personajes que se podrían calificar de manuales andantes de creencias populares, cuya especialidad no es exclusivamente la botánica (como en el caso de Lila), sino que incluyen a ésta a modo de capítulo en su sabiduría esotérica.

En la novela de Pereira, el joven protagonista es iniciado en el herbolario aldeano por un fabulador experto en los más diversos asuntos de fe, el Tigre. Asegura, por ejemplo, ante su discípulo metropolitano que la adormidera sirve de test natural acerca de la virginidad de una mujer. Si ella, estando desflorada, pisa la planta, ésta no cerrará sus hojas como de costumbre ni „se abochornará“ [149].

Merece mención aparte el culto universal a los árboles, al que James G. Frazer dedica dos capítulos en el suplemento de su estudio clásico sobre las religiones del mundo, *The Golden Bough*[150], culto que da frutos abundantes también en nuestra narrativa antillana moderna.

Hay un nexo especialmente íntimo entre el organismo vegetal del árbol y la familia (cf. árbol genealógico). Así una ceiba enorme en la

148. *ibidem*, p. 458.

149. M. Pereira, *op. cit.*, p. 42.

150. James G. Frazer, *Aftermath. A Supplement to the Golden Bough* (London, Macmillan, 1936).

novela de Fernández, *Los niños se despiden*, „ejerce un poder desmesuradamente grande „sobre una familia del batey y „ha formulado todos los dogmas y supersticiones familiares: sus principios, ideas y conducta“ [151].

Las matas grandes acompañan y sobreviven luego a varias generaciones de una estirpe, por lo que se les concede el papel de memoria familiar[152] y de guía de comportamiento. Baste al respecto una breve alusión al castaño de los Buendía. La presencia de árboles viejos impone ciertos tabúes a los humanos. En el cuento de Iván García, *Remuriendo*[153], el narrador formula la prohibición para mujeres de cruzar bajo las matas de mango y las de plátano después de haber realizado una de las labores manuales hogareñas, la de planchar. Si no observa este tabú, la mujer corre el peligro de que el árbol la „pasme“ o aturda.

Finalmente, en otro pasaje del libro de Fernández, dos mujeres del batey conversan en un rato de ocio sobre la correspondencia entre árboles y santos „diciendo que esta mata pertenece a este santo y la otra al otro, y todas al dueño del monte“ [154].

El anón tiene la virtud de „administrar los misterios de la adivinación“ [155]; oler la flor de la adelfa produce cáncer[156]; etc. Son innumerables las evocaciones literarias de las fuerzas sobrenaturales atribuidas a las plantas. No tiene gran sentido mencionarlas todas aquí debido a su tinte demasiado local. Lo msimo vale para la fauna. Entre los animales me ha llamado la atención la volatería que despierta asociaciones que rozan constantemente lo „maravilloso“ en las obras narrativas estudiadas. Entre las aves de corral es el gallo de pelea el que nutre en especial creencias populares y satisface pasiones en el campo caribeño. Manuel Mora Serrano[157] deja que su personaje Urbana suelte un torrente

151. P. A. Fernández, *op. cit.*, pp. 22-23. Hacia el final del libro, Fernández tributa un largo homenaje a los árboles de la isla (*ibidem*, pp. 458-459).

152. R. Arenas, *Otra vez el mar*, *op. cit.*, p. 11.

153. en: Lipe Collado (ed.), *La nueva narrativa dominicana. Antología* (Santo Domingo, Casagrande Editores, 1978), p. 160.

154. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 81.

155. *ibidem*, p. 168.

156. R. Arenas, *Otra vez el mar*, *op. cit.*, p. 14.

157. M. Mora Serrano, *op. cit.*, pp. 33-39.

fabulador prodigioso al describir escenas en una gallera dominicana, el „redondo palacio de magia".

En *El Comandante Veneno*, el aleteo de una lechuza, „aquel pájaro de mal agüero", que sobrevuela el techo de una de las chozas de la aldea le arranca un „¡ Alabaoseadios !" y un padre nuestro al personaje femenino que se encuentra en la casa, que además se persigna para protegerse[158]. En el cuento de Antonio Benítez Rojo, *La tierra y el cielo*, el yo-narrador procura grabar en su memoria al personaje Aristón „por si acaso Oggún [...] lo transformaba en lechuza o algo parecido" [159].

El narrador dominicano Marcio Veloz Maggiolo, en *La Fortaleza*, alude a la popular creencia en una afinidad entre espíritus y pájaros.

> ¿Entonces qué carajo de aves eran aquellas ? Alguien dijo que precisamente los espíritus se convierten en aves en las noches cuajadas de luna [...] [160].

El bestiario ocupa un puesto destacado, sobre todo, en la literatura fantástica, cuyo centro hispanoamericano de producción se halla más bien en el Cono Sur del subcontinente que en el Caribe (donde está en vigor el concepto literario de lo ‚real-maravilloso'[161]), si se me permite la generalización[162].

Los pocos productos cubanos de la cuentística fantástica se han recogido en la antología citada de Martínez Matos, en la que figura Guillermo Prieto con su relato *La iguana*. Este animal visita un hogar cuyos habitantes se familiarizan con su presencia y están fascinados por ella.

> [...] y entonces nos poníamos a buscar la iguana, porque ella nos había escogido y nos había ido impregnando con su magia[163].

158. M. Pereira, *op. cit.*, p. 175.

159. en: José Martínez Matos (ed.), *Cuentos fantásticos cubanos* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979), p. 221.

160. M. Veloz Maggiolo, *La Fortaleza*, en: *op. cit.*, p. 75.

161. Abordamos ya la diferencia entre los dos conceptos en el capítulo *Lo real-maravilloso*.

162. Cf. el ambiente fantástico que evoca Julio Cortázar en su cuento *Bestiario*, en: *Los relatos/ 1. Ritos* (Madrid, Alianza Editorial, 1976), pp. 16-31.

163. G. Prieto, *La iguana*, en: J. Martínez Matos, *op. cit.*, p. 137.

Nuevamente, García Márquez, con su obra maestra *Cien años de soledad*, nos puede servir de punto de referencia adicional, con el miedo de Úrsula a parir iguanas por el incesto; con las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia; etc. [164].

EL ESPEJO

Las creencias populares creadas en torno a objetos de reflexión óptica son universales también. El haber roto un espejo, por ejemplo, influye en el destino de uno; trae buena suerte o desdicha. O los espejos al aire libre que provocan tormentas, rayos especialmente.

Uno de los personajes aldeanos en la novela de Pereira está convencido de que el espejo, aparte de su utilidad práctica, sirve de instrumento para comprobar la existencia real de seres mortales de carne y hueso, ya que los fantasmas o espíritus, „presencias intangibles, voluntades del más allá" no se reflejan en él[165]. El narrador convierte el espejo en „radar de espectros" mediante una imagen graciosa que hace chacota de la creencia de su personaje, a quien el suegro quiere evitar una crisis existencial rayando el azogue del espejo, que se transforma así en cristal inofensivo.

> Pero el remedio fue peor que la enfermedad, pues al interrogar nuevamente el espejo Bejerano vio su mano a través del cristal, no se vio el rostro, y creyó que él mismo era un espectro irreflejable. Hizo otra prueba. Colocó el espejo sin mercurio ante una roca y ante Tacajó. Y comprobó que todos, incluyendo el río, su mujer y sus hijas, eran fantasmas pues no se reflejaban. Arribó a otra conclusión aún más desastrosa : lo único que realmente existía era el espejo. Todo lo demás era un producto de su imaginación y su imaginación tampoco existía. Entonces su arrebato fue incontenible, y Coliseo [el padre del Comandante Veneno] tuvo la brillante ocurrencia de sustituir el espejo desactivado por el suyo. Así fue como Bejerano recuperó poco a poco la confianza en su radar de fantasmas, porque no advirtió el traspaso de espejos[166].

164. Jacques Joset, *El bestiario de Gabriel García Márquez*, en: „Nueva Revista de Filología Hispánica" 23 (1974), pp. 65-87.

165. M. Pereira, *op. cit.*, p. 117 (cf. la creencia en los vampiros).

166. *ibidem*, p. 118.

La inseguridad y el malestar que provocan el verse reflejado se expresan con violencia en la novela de Arenas, *Otra vez el mar*[167]. Una madre conservadora, imbuida de los valores campesinos tradicionales, reprende la vanidad de su hija y le advierte que no se mire demasiado al espejo. Le infunde terror.

> Alguien viene de pronto y agrega que si uno pasa por mucho rato mirándose al espejo termina viéndose muerto. „Terminas viendo solamente una calavera, tu esqueleto."

De una manera igualmente amenazante, esta misma madre pronuncia otra restricción relacionada con un artefacto hogareño, las tijeras.

> Porque mientras no sueñes con tijeras, dice mi madre, no hay problemas [...] Pues soñar con tijeras es la muerte[168].

El autor cubano Fernando Butazzoni describe en uno de sus cuentos, *Rosaura y la lluvia*[169], el terror pánico que se apodera de uno de sus personajes femeninos, la mujer del jefe de estación, ante las fuerzas de la naturaleza, tempestades, ciclones, rayos. Una de sus medidas preventivas consiste en cubrir los espejos de la casa con sábanas durante la tormenta.

MATERIA CON FUERZAS SOBRENATURALES

Muñecas y retratos alfilereados, piedras de rayo, reliquias, amuletos, agua bendita, etc. son objetos (materiales) que supuestamente encierran algún poder extraordinario y que gozan de una difusión amplia en el mundo; sobrepasa con mucho los límites de la cuenca del Mar Caribe. Una posible diferencia entre la población antillana y, pongamos por caso, la europea, radica - lo repetimos - en una actitud más abierta en la aceptación de fenómenos sobrenaturales y más desarrollada en la ostentación de los mismos entre los caribeños.

El hierro como metal en sí, luego los objetos de hierro especialmente y entre éstos todos cuantos sean puntiagudos o afilados (cf. tijeras)

167. R. Arenas, *op. cit.*, p. 35.

168. *ibidem*, p. 100.

169. En: *op. cit.*, p. 51.

entran en la categoría de estos artefactos „maravillosos". El ***alfiler***, en particular si se clava en una muñeca, tradicionalmente de cera o de arcilla (cf. Ovidio, Edad Media, etc.), o en el retrato de una persona señalada como el blanco de sortilegios de amor (difusión de la costumbre en toda Europa, Japón, India, etc. [170]) o de intenciones simpatéticas para causar dolor y enfermedades.

En *El Comandante Veneno*, el narrador hace mención de „muñecos claveteados de alfileres" [171] como requisito del ambiente hogareño del personaje, Bien Aimé Christophe, haitiano practicante de vudú. Los haitianos son los que más se preocupan por mantener esta práctica, distribuyendo sus muñecos por todas las Antillas tanto en los mercados nativos, como incluso en los turísticos.

Dieter Janik, en un capítulo titulado *Prácticas mágicas para ver realizados deseos individuales*[172], enumera pasajes de novelas hipanoamericanas tan diversas como las de un Carpentier, un Cortázar, García Márquez, Ciro Alegría y Rulfo, que versan sobre el hábito de clavar alfileres en la esfigie de una persona en cuyo destino quiere uno intervenir.

Los sacerdotes del vudú o babalaos emplean en su complejo ritual ***piedras de rayo***, a las que veneran como a un fetiche del dios del trueno yoruba, Dzakuta ‚lanzador de piedras'. Estas piedras de rayo, que se dan en todo el Caribe (en los mercados se venden no lejos de los muñecos), llaman la atención por su forma y colores muy peculiares y por su superficie lisa, y se parecen mucho a las hachas prehistóricas (hémonos de nuevo con la arista). Ya en la Antigüedad (Griegos, Semitas, Egipto, Asia Menor, etc. [173]), se veneraban las piedras por sus fuerzas especiales en el curanderismo, en la adivinación y como medio de defensa contra la magia negra (hechizos negativos) ; luego, en Francia o Inglaterra, por ejemplo, subsiste la misma asociación entre el hacha de piedra y las tormentas: „pierres de foudre", „thunderbolts" se supone que caen a tierra con el rayo, a manera de proyectil disparado por el rayo (cf. las piedras meteóricas).

---

170. Cf. E. Hoffmann-Krayer (ed.), *op. cit.*, s. v. *Nadel.*

171. M. Pereira, *op. cit.,* p. 124.

172. (La traducción al español es mía.) En: *Magische Wirklichkeitsauffassung im hispanoamerikanischen Roman des 20. Jahrhunderts: geschichtliches Erbe und kulturelle Tendenz* (Tübingen, Niemeyer, 1976).

173. E. Hoffmann-Krayer (ed.), *op. cit.,* s. v. *Blitz.*

Un herborista dominicano que vende estas piedras, me aseguró que fueron excavadas en terrenos en los que había caído un rayo. Sirven de talismanes globales, por un lado, y protegen en especial contra los rayos, por el otro; es decir, que colocados en algún sitio de la casa o llevados en el cuerpo humano actúan de pararrayos natural. La consistencia de esta piedra (tiene el tamaño de un huevo más o menos) es de una dureza excepcional, hecho que induce al escritor dominicano, Marcio Veloz Maggiolo a utilizarla en una comparación de un texto suyo como punto de referencia del medio ambiente: „duro como una piedra de rayo“ [174]. Y asimismo Pablo Armando Fernández basa su símil que debe expresar la naturaleza dicotómica (de fugacidad y estática) de los recuerdos en el rayo y la piedra del rayo:

> [...] fugaces como un relámpago o estáticos como la piedra del rayo enterrada en el monte[175].

Las ***reliquias***, restos mortales y efectos que quedan de una persona, presuponen (como los muñecos alfilereados y las piedras de rayo) una fe animista, o sea, la creencia de que, como diría Melquíades, „las cosas tienen vida propia“ [176], en que la materia (muerta) también tiene ánima. Se parte del supuesto que la eficacia de las fuerzas personales de un ser humano (en el cristianismo especialmente santos y mártires) en vida se prolongan también después de su muerte a través de los objetos ligados a esa persona.

En la novela de Arenas, dos hermanas solitarias, „esperando soledades“[177] nada más, abandonadas por sus maridos, creen en las energías que emanan de los vestigios de personas desaparecidas o muertas a las que han querido. Una de ellas, Celia, conserva un baúl lleno de reliquias de su hija que se suicidó a los trece años: fragmentos de cabellos, un pedazo de uña (cf. sortilegios amorosos con secreciones del cuerpo), prendas íntimas y varios objetos funerarios (del entierro). En su escondite, celebra un ritual propio, oculto, tocando estos objetos, probándoselos, y bailando trata de entrar en contacto con el ser más querido que ha perdido. Conversa con su hija[178].

174. M. Veloz Maggiolo, *op. cit.*, p. 22.

175. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 271.

176. G. García Márquez, *Cien años de soledad* (Madrid, Cátedra, 1984), p. 72.

177. R. Arenas, *El palacio de las blanquísimas mofetas*, *op. cit.*, p. 150.

178. *ibidem*, pp. 68 y 155-156.

La otra hermana, Digna, se aflige porque la dejó su esposo. Por ende, conserva también en una especie de relicario secreto el calzoncillo medio amarillento de su ex-marido, a quien sigue anhelando.

> Es una tela blanca, casi mohosa, amarillenta, que ella acaricia con los dedos, estruja, y luego, volviendo a comprobar que nadie mira, se la lleva a los labios[179].

Practica realmente a escondidas su cotidiano culto privado que le ayuda a superar la añoranza no confesada (a través de esta parafernalia religiosa).

> Después le dio por subirse todos los días en el techo del baño. Y sacar el calzoncillo de Moisés, olerlo, y reirse a carcajadas[180].

El catolicismo tomó el ***agua bendita*** originalmente de cultos paganos y la conceptualizó como mero símbolo de protección contra las brujas, el diablo, etc.

En el cuento *La fuerza aniquilada* de la escritora dominicana Aída Cartagena Portalín[181], se nos pinta la figura de un cura que deja a una niña sin bautizar a causa del nombre propuesto por los padres: Calandria. Para el hombre de iglesia es un nombre de pájaro y no figura en el almanaque. La madre y yo-narradora del cuento compara al sacerdote indignado con otra ave, la *cuyaya*[182], cuando éste „tomó el hisopo lleno de agua bendita en una mano" (a lo mejor para alejar los demonios de esta familia escandalosa), „y en la otra el bolleto del civil" que, furioso, tiró al padrino.

El motivo del agua como fuente simbólica de purificación espiritual, pero sin los preceptos morales católicos que dimanan del acetre de la iglesia, se ha abierto un cauce en la literatura caribeña de los últimos años.

---

179. *ibidem*, p. 241.

180. *ibidem*, p. 242.

181. Ha reunido doce cuentos en el volumen *Tablero* (Santo Domingo, Taller, 1978), pp. 28-29.

182. Dominicanismo histórico: ‚antigua danza, al parecer importada de Haití, y cuyo nombre proviene del de un ave de mal agüero' (Carlos Estéban Deive, *Diccionario de Dominicanismos* (Santo Domingo, Politecnia Ediciones, 1977), s. v. *cuyaya*).

Veamos a Mora Serrano representar esta tendencia. En un pasaje en que el protagonista, Marcos, observa la vida del campo, identifica con el agua la esperanza de alivio y desahogo que el creyente tiene en Dios.

> En el sudor de las camisas y los calzones, todo el drama del campo y su miseria : los soles y los veranos del trópico que ajan las pieles y envejecen prematuramente a los hombres, los sudores, los residuos de la pobreza para que Dios hecho río los lave y purifique. [183]

Urbana cuenta a su primo, Marcos, en otro pasaje del libro algunos pormenores sobre la educación excepcional que ha recibido de su abuela. El día en que la muchacha cumplió dieciséis años, esta abuela (que tiene el mismo carácter fuerte de matriarca como tantas otras abuelas en la ficción antillana) dispuso a su nieta un ritual de iniciación a la vida de mujer adulta. Primero le echó un sermón en honor al erotismo („que no camine como un huso sin menear las caderas", etc.), y acto seguido:

> [...] me daba un baño y con hojas me frotaba el cuerpo para „darme suerte, salvarme de una muerte a traición y de un mal marido", decía ella [...] „Dios te bendiga mi hija", y me tiró agua bendita por la espalda y por el [sic] frente y luego con sal bendecida me untó el ombligo[184].

Por su naturalidad, sensibilidad y sensualidad impresionantes, este ritual iniciático privado, que Urbana describe detalladamente, dista mucho de esas fiestas algo pomposas y artificiales para quinceañeras, que se han vuelto inevitables y „sagradas" en todo el Caribe.

MOTIVOS ABSTRACTOS DE FE

Sobran muestras de motivos de fe en la prosa caribeña reciente; no voy a aducir más que un par de ellas, el resto vamos a recordarlo de los tres capítulos precedentes. El concepto de ‚***alma en pena***' es tan universal como, en general, la creencia en una vida después de la muerte, como los sentimientos mezclados - causados por la muerte - de luto, compasión, miedo y veneración, como el culto a los muertos o antepasados. Con dones, cuidados especiales, manifestaciones de luto, sacrificios, etc.

183. M. Mora Serano, *op. cit.*, p. 15.

184. *ibidem*, pp. 60-63.

se intenta apaciguar al alma del muerto. El ‚alma en pena' en sí es un concepto cristiano referido a las ánimas condenadas de cuerpos no sepultados, de niños no bautizados, de muertos cuyo asesinato queda impune, que, errando por los aires o en el purgatorio, se aparecen supuestamente a los hombres en varias formas (animales, por ejemplo), de las que cabe guardarse.

Con un cuidado esmerado puede que el alma en pena se transforme en protectora, en vez de causar daño[185].

Pedro Peix registra en un lenguaje coloquial la conversación entre dos comadres de Loma Blanca que revelan abiertamente sus creencias en las ‚almas en pena' así como en el ‚mal de ojo'.

> -No me explico quién nos estará haciendo el mal de ojo, porque hasta donde yo sepa, a nadie le hemos hecho daño.
>
> -Es inútil, comadre, porque si es alguna ánima en pena, no hay quien la salve.
>
> -¡ Jesús, Camila, no diga eso, que en esta casa siempre hemos estado en paz con los muerticos ! 186

Roberto Marcallé Abreu utiliza el concepto como imagen de comparación con una persona culpada de un crimen que huye de la colectividad.

> Se escondía en los matorrales, durante todo el día, como un alma en pena que estaba expiando su culpa187.

Mora Serrano nos suministra detalles de un ritual mortuorio hogareño, que la abuela desea para sí misma y lo encarga antes de morir a su querida nieta, Urbana, una de las dos protagonistas de *Decir Samán*[188]. Incluso le hace practicar en su cuerpo aún vivo cómo amortajarla, cómo bañarla[189], empolvarla, pintarla, arreglarle el pelo.

---

185. Angel Herández Acosta, *Carnavá* (Santo Domingo, Taller, 1979), p. 48. El protagonista se siente protegido por el alma de fulano de tal, muerto.

186. P. Peix, *op. cit.,* p. 57.

187. M. Marcallé Abreu, *Confidencias en torno al oscuro destino de la única mujer fatal*, en: *op. cit.,* p. 168.

188. M. Mora Serrano, *op. cit.,* pp. 64-66.

189. Esta práctica nos remite a una nieta cándida que baña a su abuela desalmada al comienzo del cuento de García Márquez, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1972), p. 97.

> Tenía un crucifijo en el pecho y el altar de su habitación estaba totalmente encendido. [...] „Tú eres la única que me puedes sacar de pena y mandarme a descansar. Ya he vivido mucho y es justo que le dé mi parte a la tierra. Coge ese San Expedito y ese San Elías que están ahí, tráelos aquí, reza esa oración que tengo debajo del *Gran Poder de Dios* y encomienda mi alma a todos los Santos. Sé que tendré que pagar muchas de las que hice. Porque hice muchas y a ti, mi muchachita, la única cosa pura que dejo en la vida, te tengo que confesar [...]

Vamos a prescindir de citar la minuciosa descripción de un ritual mortuorio por Aída Cartagena Portalín, y limitarnos a dar la referencia exacta. El título del cuento es sugestivo ya: *Cantata para un muerto*[190].

El hecho de que los muertos estén integrados en la vida caribeña más que en Europa central, por ejemplo, influye en varios de los motivos de fe anteriormente enumerados. P. A. Fernández hace elaborar este punto en una discusión a algunos de sus personajes femeninos en el batey. Afirman que son fantasmas, espíritus oscuros, almas en pena, santos, muertos que causan enfermedades, desgracias y la muerte.

> Para Lila la muerte nunca acontecía como un suceso natural. Nadie moría de su propia muerte. Era más bien arrancado a la vida por otros muertos, las más de las veces enemigos[191].
>
> Hasta el más insignificante dolor de muelas es producto de alguna mala influencia de seres que la perturban [...] [192].

Estas creencias influyen, naturalmente, en el método curativo. Se acude a la medicina occidental por un lado, pero por otro el ‚***curanderismo***' ocupa su lugar fijo en la lucha contra las amenazas al bienestar físico. Así una „mulata de Santiago, de ojos verdes y pelo lacio, habla con los muertos y cura con las manos los dolores de muelas" [193]. Y muchas veces se combinan los dos métodos:

> Se veía acompañando a su madre a la consulta del doctor Sandoval y a casa de Tula la curandera[194].

190. En: *op. cit.*, pp. 36-37.

191. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 226.

192. *ibidem*, p. 151.

193. *ibidem*, p. 175.

194. *ibidem*, p. 175.

‚***Adivinación***': Al lado de las prácticas difundidas también en Occidente para pronosticar el futuro, tales como la astrología, leer los naipes, el fondo de la taza de café, etc. [195], en el Caribe son habituales técnicas de origen africano como lanzar piedras, conchas, o pedazos de coco (cf. p. 50).

‚***Mal de ojo***'/ ‚***Conjuro de analogía***': La aldeana que esconde ojos de sapo para contrarrestar el mal de ojo (cf. p. 48) combina las dos nociones. La evocación de analogía es un acto de imitación o correspondencia que debería causar el efecto equivalente en el medio de arranque y el objetivo del conjuro.

‚***Sortilegios amorosos***': La lista de recetas de rituales individuales para lograr el enamoramiento „mágico" de una persona adorada es interminable. Sírvanos de modelo la colección de mejunjes que deberían hechizar a los hombres para que se enamoren de una mujer precisa (cf. p. 49).

‚***Animismo***': La creencia animista que confiere alma a cierta materia muerta se advierte en la admiración de Benny por su Ferrari, en los objetos de culto metropolitanos, en general, en el poder que emana de las reliquias (cf. pp. 82-83), o en la percepción del guajiro cubano de nombre Bejerano en *El Comandante Veneno* cuando camina por la naturaleza de Sierra Maestra. Ve „a su paso árboles habladores, piedras caminadoras, y aves con rostros humanos" [196].

‚***Tabú***': La presencia de ciertos árboles enormes impone restricciones prohibitivas a los creyentes (cf. pp. 76-77).

‚***Sacrificios***': Para eliminar a la rival, amante de su marido, una aldeana sacrifica su colibrí y un pollo (cf. p. 48).

‚***Telenovelas/ Radionovelas***': Sin duda, se trata de uno de los rituales „modernos" (en el sentido de Barthes) verdaderamente cotidianos más difundidos en toda América Latina (el Caribe no forma aquí ninguna excepción), en todos los espacios, en todos los estratos sociales, cada día y a todas horas. La primera etapa cubre el consumo en sí, pasivo, privado

195. „Mamá [...] Tanto que había rezado, tantas novelas, tanto visitar brujas, tanta lectura de manos, de tazas, de cartas y cigarrillos." Arturo Rodríguez Fernández, *Contra viento y marea* (Santo Domingo, Taller, 1980), p. 20.

196. M. Pereira, *op. cit.,* p. 238.

y doméstico, del ritual[197]; luego, se reactiva el material en un grupo más amplio, en sociedad[198]. Es un motivo que en primer lugar ha interesado a los sociólogos de los últimos años quienes han insistido, en críticas severas, a veces irónicas, en tópicos tales como sentimentalismo, sensiblería, ideales estereotipados, urbanos, conformismos, uniformización, anhelo de ascenso social, lujo, modelos repetidos de conflictos amorosos fácilmente previsibles, etc. Con todos sus comentarios negativos, los sociólogos y antropólogos no han logrado hasta ahora el fin educativo de antipropaganda contra las telenovelas; las personas más cultas se tapan ojos y oídos ante los sermones de los analistas y se reservan la hora diaria igual que todo el mundo. La actitud solemne del espectador muestra que su costumbre diaria trasciende la función de pasatiempo y revela propiedades inherentes a estos seriales no subrayadas por los críticos: proporcionan apoyo vital (aunque la pluralidad de conflictos humanos y sus soluciones, a menudo, se suelen reducir a esquemas simplificadores), consuelo, consolidan lazos familiares y sociales (a través de todas las clases). Además el televidente concede prioridad a la ceremonia, cuya regularidad estructura el orden del día. Se identifica con los personajes, es copartícipe de su destino y sigue sus peripecias con atención muchas veces febril[199].

Se da por descontado que entre los espectadores de las telenovelas prevalece el público femenino, tendencia que reflejan los pasajes literarios que presentamos aquí. Los narradores masculinos denuestan a las consumidoras femeninas de radio- y telenovelas.

Julián Mesa, el yo-narrador de *La vida real* de Barnet, es quien más critica a las mujeres por el vicio de escuchar las radionovelas. Maldice

197. Para los miembros de una familia que conviven en un hogar puede ser el momento de reunión diaria importante que antes sólo se daba en la hora de las comidas.

198. ¡ Ay de él, si se atreve a no ver la „novela“ ! Será un marginado que no podrá disfrutar al día siguiente de las conversaciones en grupo, en una fiesta, por ejemplo, porque no entiende los comentarios, las interpretaciones, los chistes que salpican las últimas peripecias del serial.

199. En la novela *La guaracha del Macho Camacho* de L. R. Sánchez observamos la misma tendencia a comparar la religiosidad tradicional con el mundo forjador de „mitos modernos“ de los medios de comunicación masiva (cf. imágenes analizadas en las pp. 108-110 de este estudio).

las falsas ilusiones que provocan los consejos que da una adivina negra de la capital a su mujer:

> Era una novela radial por episodios lo que Emerlina me traía a la casa todos los días[200].

Y en otro ataque que Julián lanza contra las oyentes femeninas denigra las radionovelas como mala costumbre maniática.

> Las pobres mujeres terminaban enfermas cuando una novela de esas concluía[201].

En *Los niños se despiden* de P. A. Fernández, el yo-narrador evoca la adolescencia en su batey, y describe las actividades cotidianas de todos los miembros de la familia. A la madre, cuya esfera de acción se limita al hogar, le dedica las siguientes líneas:

> Mamá es la que más se mueve dentro de la casa, y sus „formalidades" cambian cada noche. Lo único que no cambia es esa media hora en la que, para „aliviarse de las fatigas del día", se sienta a oír „su novela radial" [202].

Luis Rafael Sánchez que asienta la trama de su obra en la actualidad puertorriqueña, cuando la televisión ya ha conquistado su puesto fijo entre los ‚media', sustituye naturalmente la radionovela de los autores antes citados por la telenovela con un título concreto[203].

También toca el punto Sánchez al hablar de un personaje femenino, la amante del senador.

> ¿Aprendió el dulce encanto del fingimiento de los manerismos repercutidos del grandioso teleculebrón *El hijo de Ángela María* que convirtió en melaza el corazón isleño ? : el país en vilo por las vicisitudes de Marisela y Jorge Boscán[204].

---

200. M. Barnet, *op. cit.*, p. 129.

201. *ibidem*, p. 138.

202. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 70.

203. Una publicación brasileña recoge unos 350 títulos con sus autores, elencos, historias comentadas, fotos, etc. de los primeros veinte años de producción de „novelas" : Ismael Fernández, *Memória da telenovela brasileira* (São Paulo, Editorial Proposta, 1982).

204. L. R. Sánchez, *op. cit.*, p. 22.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS

Históricamente, el Catolicismo ha sido la religión prominente en nuestras tres islas, la más institucionalizada, la sancionada por el régimen colonial español.

En cambio, la Santería, el Vudú, y el Espiritismo han llevado una existencia marginada cual fuente aculturadora de resistencia y solidaridad entre los esclavos negros africanos importados a las islas como mano de obra en las plantaciones de caña, tabaco, café, etc.

Actualmente en Cuba, el Catolicismo ha sido víctima del espíritu ateo del gobierno revolucionario; como había pasado por ser el más oficial de los sistemas de fe, fue el que más prestigio perdió y tuvo que ponerse al mismo nivel periférico de las demás religiones, para las que no cambió prácticamente nada puesto que ya antes se habían practicado en secreto. La República Dominicana cuenta con el más alto porcentaje de fieles que profesan la religión católica de tradición hispánica, seguida de Puerto Rico, donde ha tenido un poco de vigencia el elemento protestante norteamericano (debido a los 30 años del ELA), y de Cuba.

Para la mayoría de la población caribeña la coexistencia de las confesiones afrocaribeñas con las cristianas es innegable. La Santería cubana se califica de religión sincrética de origen yoruba, transformada y adaptada a las necesidades de los esclavos negros en el Nuevo Mundo que, en la superficie, tuvieron que respetar el sistema dominante católico para salvar, en el fondo, los propios valores de fe. Buena parte de los rituales (cuyos medios principales son el baile, la música y los tambores, la presencia de un espíritu y la posesión por él) y de los nombres de los dioses vinieron de África y luego se acoplaron al catolicismo popular (su culto a los santos). La Santería se ha extendido dentro de las fronteras de la isla de Cuba, más que hacia afuera. Su correspondencia haitiana, el Vudú, ha rebasado los límites nacionales y ha echado raíces profundas en los países vecinos también. Sobresale en notoriedad internacional entre las religiones afrocaribeñas. En cuanto a su proceso de formación, contribuyó desde África el Fon de Dahomey, además de la cultura Yoruba de Nigeria (*vudú* es palabra dahomeyana y significa ‚espíritu', ‚dios' u ‚objeto mágico'). Los sacerdotes responsables de los rituales son los *babalaos* en la Santería

y los *houngans* en el Vudú; los dioses, espíritus y santos son los *loas* en Haití y los *orixas* en Cuba, etc. [205].

Por la preponderancia del elemento africano subyugado políticamente en la población haitiana, en la época colonial el Vudú había sido un instrumento decisivo de resistencia contra la aculturación total, y más tarde un apoyo en la lucha por la liberación de los esclavos negros; durante la dictadura del clan de los Duvalier en nuestro siglo (a partir de los años 50), su función pasó a ser todo lo contrario, un medio para fomentar la abstinencia política fatalista del pueblo oprimido[206].

El Espiritismo, especialmente en su génesis, se distingue de las religiones sincréticas afrocaribeñas que acabamos de mencionar.

La doctrina de base „teórica", según la cual los vivos experimentan comunicación con los espíritus de los muertos (a través de médiums) es tan universal como el concepto del animismo (v. ‚alma en pena') y además está emparentada con él. Por otro lado, la práctica, es decir las sesiones o encuentros espiritistas, como una forma bien definida de religión popular surgió y tuvo su apogeo a mediados del siglo pasado en Europa y EE. UU. desde donde se implantó fuertemente en el Nuevo Mundo (en el Brasil, entre otros países[207]), y sigue en auge hoy en Cuba, por ejemplo[208].

Además de ser una práctica religiosa aparte, parece que la principal función la recibe el Espiritismo de ser parte integrante central de procesos sincréticos, junto con los santos católicos populares, el panteón de

205. Véase, por ejemplo, Roger Bastide, *Les Amériques noires* (París, Petite Bibliothèque Payot, 1967) ; Alfred Métraux, *Le Vaudou haïtien* (París, Gallimard, 1952) ; o los estudios etnológicos clásicos de Melville J. Herskovits o de Harold Courlander.

206. La policía secreta de los Duvalier llevaba el nombre de los malvados tradicionales del culto vudú: *Tonton Macoute*. El mismo Papa Doc trataba de investigar a nivel académico el complejo ritual postulando luego que indirectamente habían sido los loas quienes le habían ayudado a llegar al poder.

207. Rolf Italiaander, *Schwarze Magie - Magie der Schwarzen* (Freiburg i. Br., Aurum Verlag, 1983), pp. 156 ss.

208. O incluso en el exilio cubano, en Miami, como asegura Hubert Fichte en: *Petersilie. Die afroamerikanischen Religionen. Santo Domingo, Venezuela, Miami, Grenada* (Frankfurt a. M., Fischer, 1980), p. 374.

los dioses y los espíritus africanos[209], en la comunicación del hombre con el más allá.

Los dos autores cubanos, Barnet y P. A. Fernández, dan abundantes testimonios de Espiritismo en sus obras literarias (en todos los espacios: campo y ciudad cubanos y exilio estadounidense) ; asimismo, el puertorriqueño José Luis González que nos proporciona la descripción más inmediata de una sesión particular espiritista.

Para darle consejos a un campesino atormentado por el adulterio y la fuga de su mujer, la dueña de una fonda donde él se hospeda se decide a utilizar sus poderes de médium. Sola y poseída ya por el espíritu de una muerta, cierra los ojos, se estremece y sacude su cuerpo, echa atrás la cabeza, exhala un gemido, susurra y habla con otro acento:

> [...] y saludo a todos en nombre de Dios nuestro Señor y los espíritus del bien [...] reciban a esta hermana Mary que viene del más allá [...] [210].

El narrador de la novela *Los niños se despiden*[211] provee al lector de la siguiente información etnográfica intercalada:

> La religión más difundida y con mayor cantidad de adeptos en todo el batey y sus alrededores era el espiritismo.

En la obra de Barnet, el yo-narrador Joaquín deja constancia del campesino enfermo que viene a la capital para curarse, y que en vez de operarse en un centro médico, se dirige exclusivamente a los centros espiritistas[212]; o de la negra en Nueva York que practica el espiritismo para sus compatriotas cubanos[213]; o a lo largo de varias páginas se les concede la palabra a dos hermanas de La Habana quienes crecieron en un ambiente espiritista y pueden así informar al lector con la minuciosidad de datos de antropólogas:

> Mi madre en la reencarnación anterior había sido una reina africana. Por una videncia que tuvo llegó a esa conclusión. En una sesión

209. Fernando Giobellina Brumana, *Umbanda, la fiesta de los espíritus*, en: „El País Semanal“ del 21-X-1984, pp. 68-73. En Brasil se añaden los rasgos indígenas y caboclos, para la religión Umbanda, por ejemplo.

210. J. L. González, *op. cit.*, pp. 108-112.

211. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 349.

212. M. Barnet, *op. cit.*, p. 105.

213. *ibidem*, p. 169.

> espiritual en la calle Concepción de la Valla, se vio la corona en la cabeza. Además, se lo dijeron los muertos. [...] era hija de Oyá la diosa del cementerio y de la centella en la Santería [...] Mamá tenía una amiga que vendía frutas en la Plaza del Polvorín. Le pusieron de mote Luz de Yara, porque tenía revelaciones increíbles. Vivía del espiritismo y del puesto de frutas. Un día vio una bola de candela y corrió tras ella [...] y decía a grito pelado : -¡ Llevo luz, llevo luz ! [214]

Esta cita demuestra que no tiene mucho sentido separar estrictamente las prácticas religiosas santera y espiritista, entre las que también se suele dar cierta fusión. Roger Bastide habla incluso del Espiritismo Negro en un capítulo aparte, donde no hace una distinción clara de las religiones sincréticas afroamericanas[215].

Esta ambivalencia se comprueba en varias páginas del libro de Barnet, en las que el narrador alude de un tirón, por ejemplo, a ñáñigos, a la Virgen de Regla y al Espiritismo[216].

Tanto en Barnet como en Pereira y en Granados[217] aparecen santeros y babalaos. Y en Fernández[218] una de las protagonistas, Lila, topa con un hombre extraño en las afueras del batey quien le otorga una piedra de Elegguá „que representa al orisha [sic] con cara de niño viejo [...] dueño de todos los caminos“ [219].

En la Santería cubana, a cada santo u *orishá* corresponde un tipo de piedra en la que reside su fuerza[220].

---

214. *ibidem*, pp. 110-111.

215. R. Bastide, *op. cit.,* pp. 173-174.

216. M. Barnet, *op. cit.,* p. 130.

217. *ibidem*, p. 113. M. Pereira, *op. cit.,* p. 78. M. Granados, *op. cit.,* pp. 15 y 39.

218. P. A. Fernández, *op. cit.,* p. 103.

219. „Santo Niño de Atocha, que en la religión de Lucumí [santera] es identificado con Elegguá, viejo dios de los yorubas, que es el mensajero entre el hombre y los dioses, el guardián del hogar y del camino.“ Agún Efundé, *op. cit.,* p. 38.

220. William R. Bacom, *The Focus of Cuban Santería*, en: Michael H. Horowitz (ed.), *Peoples and Cultures of the Caribbean* (New York, The Natural History Press, 1971), p. 525. Cf. ‚piedra de rayo‘, pp. 81-82.

Fernández evoca todo el panteón de la Santería cubana[221]: Oggún, Eshú, Oshún, Shangó, Obatalá, Yemayá, Elegguá, etc.

De ninguna manera hay una línea demarcadora clara entre la Santería y el Vudú. Aunque se practique la Santería en el batey, ahí „los brujos más temibles son los haitianos“ [222]. El narrador cubano Antonio Benítez Rojo nos presenta en su cuento *La tierra y el cielo*[223] al personaje Tiguá, un haitiano que ha emigrado a Cuba donde sigue ejerciendo el culto de Vudú y es iniciado „hasta en la brujería cubana“ [224]. Es un poderoso *houngan* que sabe conversar con los *loas* más grandes, con los dioses[225], y con los muertos[226], y puede convertirse en culebra o en lechuza, etc.

La oleada inmigratoria de los haitianos, cortadores de caña en condiciones de neoesclavitud, que repercute con más fuerza en la vecina República Dominicana[227] se refleja en esta pintura de ambiente (que no escapará a nuestra crítica en la segunda parte de este estudio; véase p. 177).

---

221. P. A. Fernández, *op. cit.*, pp. 189-190 y 292. Asimismo: M. Granados, *op. cit.*, pp. 15, 39 y 40.

222. P. A. Fernández, *op. cit.*, p. 185.

223. En: J. Martínez Matos (ed.), *op. cit.*, pp. 204-222.

224. Al igual que Bien Aimé Christophe en la novela de M. Pereira, *op. cit.*, pp. 124-125.

225. Por ejemplo, con Oggún, el dios de la guerra que manda a los guerrilleros revolucionarios „a pelear contra los tanques y los cañones de Batista...“ (A. Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 215).

    Nótese la ligazón (de marginados) entre los revolucionarios y los santeros que les debe dar fuerza en su lucha.

226. Por ejemplo, con los espíritus de los personajes históricos de relieve: Los presidentes Dessalines y Toussaint Louverture.

227. Paul L. Latortue, *Neoslavery in the Cane Fields. Haitians in the Domincan Republic*, en: „Caribbean Review“ Vol XIV, No. 4 (1985), pp. 18-20.

    José Comas, *Azúcar amargo: Millares de haitianos viven como esclavos en Santo Domingo cortando caña*, en: „EL PAÍS“ del 3-VIII-1986.

    Georg Sütterlin, *„Señor, dies ist das Land des Hungers und des Elends*, en: „Tages Anzeiger Magazin“ del 12-X-1985.

    Elisabeth Hörler, *Die Zafra - und dann? Baby Doc's haitianische Zuckersklaven*, en: „Neue Zürcher Zeitung“ del 25-I-1986.

    Son unos pocos de los tantos artículos que han tenido por tema esa injusticia en la prensa internacional.

> Caña. Caña extendiéndose a ambos lados del camino. Olor dulzón. Toneladas de caña acarreadas a lo lejos en oxidados camiones. Y una muchacha, sola, de piernas gordas y complacientes que camina con una lata - enorme - en la cabeza. Al pasar por su lado, Jorge la escucha. Canturrea una canción de patois. Lo más posible es que sea una haitiana como todos los habitantes de aquella zona, una haitiana creyente del vudú, temerosa de los zombies y llena de lujuria en su primitivismo supersticioso[228].

El catolicismo en su estado tradicional puro, es decir, no mezclado con otros cultos, tal como se practica normalmente en la vida privada diaria del hogar, casi no entra en los escritos literarios recientes. Se presenta, con mucho, en una institución que reúne a un grupo de gente, por ejemplo, un colegio donde se educa a alumnos de la capa alta de la sociedad.

Arturo Rodríguez Fernández se ha encargado de trazar en términos literarios este baluarte del catolicismo: El horario rígido para los muchachos comprende rosarios, la bendición por la tarde, oraciones en latín, jaculatorias, clausura, sacrificios, breviario, la comunión, los cilicios, las promesas a la Virgen, confesiones, incienso, sermones, cantos, golpes de pecho, encierros en la capilla a oscuras con una vela donde se les habla a los alumnos del diablo, etc. Dogmas en extremo genuinos son rodeados normalmente de un halo de decadencia, y provocan actitudes opuestas. El protagonista se vuelve „ateo. A-T-E-O“ [229], y estando en plena pubertad, las prohibiciones morales católicas que excluyen el erotismo („¡ No debes mirarte el cuerpo mientras te bañas !“) [230] le incitan a dejarse llevar por sus deseos.

> Leer vidas de santos es un aburrimiento [...] en la playa habrá turistas en minúsculos bikinis. Fáciles. [...] y tú rezando el rosario - esto hay que confesarlo. Es demasiado serio. En el nombre del padre. Amén, órgano y salida a clases[231].

La institución de la Iglesia Católica, oficialista y purista, estimula casi siempre sentimientos de menosprecio, malestar y de oposición en

228. A. Rodríguez Fernández, *Solución del laberinto*, en: *La búsqueda de los desencuentros*, *op. cit.*, p. 155.

229. A. Rodríguez Fernández, *Sábado de mayo*, en: *ibidem*, p. 32.

230. *ibidem*, p. 30.

231. *ibidem*, p. 31.

los personajes y narradores de nuestras obras. Furiosos, hacen caer a Cristo de la cruz „ [...] y escupes a Cristo que cae a la acera hecho pasta“ [232]; o instalan, como símbolo de decadencia, nidos de palomas sobre el altar de la iglesia donde los adolescentes del pueblo se van a besar con una mujer mojigata vestida con una blusa entreabierta[233]; o componen el sermón de un cura que debería consolar a una madre a la que se le murió la criatura recién nacida, pero él, sacerdote católico, queda completamente ridiculizado por lo folletinesco y la inexperiencia en comprender los sentimientos de pérdida y luto[234].

232. M. Granados, *op. cit.,* p. 41.

233. P. Peix, *op. cit.,* p. 17.

234. Rubén Echevarría, *¡No ombe no, qué va!*, en: Lipe Collado (ed.), *op. cit.,* p. 155.